

**Discurso pronunciado por José Emilio Burucúa en el acto por la celebración del cincuentenario de la promoción 1963 del CNBA el 23 de agosto de 2013.**

Señor Rector, señora Vicerrectora, queridos profesores de antaño y hogaño, queridos compañeros,

es una condición estrafalaria a la que fui arrojado por ustedes cuando me eligieron para pronunciar estas palabras. Sé que, en primera instancia, debo agradecerles por el honor que el asunto implica y que conlleva una buena dosis de gozo. En segundo lugar, las leyes de la buena retórica sugieren realzar las dificultades, las fatigas y aún las tristezas de la empresa en el arranque de la *captatio benevolentiae* que es de rigor. Me basé precisamente sobre el conflicto entre la alegría y la tristeza suscitadas por la evocación, a la hora de escribir las cuatro páginas que voy a leerles hoy.

**La alegría:** Bastó leer el aluvión de mensajes que intercambiamos en los últimos meses para comprobar que lo primero que nos sale al paso, cuando recordamos nuestros años de colegio, es la felicidad irreverente y desbordada que cultivábamos día a día. No pasaba jornada sin que nos riésemos de todas las maneras imaginables: con discreción o disimulo, con gentileza y cierto espíritu mundano, a carcajadas y con exageración payasesca. Muchos de entre nosotros eran especialistas de la comedia y, como los gigantes de Rabelais, se empeñaban en que el jolgorio se hiciera contagioso, sin consideración alguna por los efectos catastróficos que aquella algarada pudiera tener.

“¿De qué se ríe, Sánchez Contaldi?”, preguntó una vez el profesor de química. Raúl Ricardes seguía imitando los gestos del catedrático a milímetros de sus espaldas, como si tal cosa, y Sánchez Contaldi dale que dale con la risa. “Sánchez Contaldi, retírese de la clase”, vociferaba el inolvidable doctor Antola. Y nuestro amigo que no podía parar de reirse. “¡Tres días de suspensión, Sánchez Contaldi, tres días de suspensión!”

“¿Conocés a este japonés, Burucúa?”, me interpeló Rubén Luc cierta mañana, segundos antes de la entrada de la profesora de inglés a la clase. Y yo que leí “Yamimoto Nokamina” en el pizarrón, lloré de risa hasta que la profesora me echó del aula.

La especialidad de Víctor de Zavalía eran las sorpresas. Es sabido que lo jocundo suele ser hijo del asombro, sobre todo cuando el lenguaje revela, como en un relámpago, el absurdo que pueden encerrar los deslizamientos de sentido, las anfibologías, los pleonasmos. Un día, volvíamos con Víctor del campo de deportes en la Costanera. Había en la subida de Cangallo hacia Alem un kiosco de *snacks* y golosinas. Hambreados y sedientos a la salida de gimnasia, volvíamos loco al dueño con nuestros pedidos y nuestras formas de pago. El hombre nos tenía ojeriza. “Señor, ¿tiene caramelos sueltos?”, inquirió Víctor con una seriedad chaplinesca. “Sí”, contestó el desprevenido. “Bueno, átelos para que no se le escapen”, le espetó Zavalía y salió corriendo. Para variar, me desternillé de risa. El pequeño empresario nos persiguió unos metros y alcanzó a patearme en los fundillos. Víctor se dio vuelta, se detuvo, lo increpó: “No es para tanto, señor, ¿sabe?” lo frenó con coraje y yo me reí sin parar hasta el subte.

Si me permiten, haré un brevísimo *excursus pedantescus atque parum maccaronicus* que me permitirá mirar *ad altiora sidera*. Nuestra época dispone de una teoría general de la risa gracias a los trabajos de Bergson, Freud y Peter Berger. Todos ellos han refrendado la distinción que ya hacía Aristóteles en la *Ética a Nicómaco* entre una risa enaltecedora, la *eutrapelia*, que contribuye a la formación del ciudadano y del hombre político impregnados por la *bonitas animi*, y un estallido de bufonería o causticidad, la *bomologia*, que envilece a los hombres en la medida en que estimula el gusto por el mal ajeno, un extraño placer para el cual los alemanes tienen una palabra precisa e intraducible, *Schadenfreude*. Y bien, no diré que esa *bomologia*, que la *Schadenfreude*, fuesen ajenas a nuestras prácticas cómicas, tantas veces apoyadas en el *bullying* típico de los adolescentes. (*parum, sidera, bonitas, bullying, Schadenfreude*, les prometo que enseguida abandono la pedantería lingüística y vuelvo al castellano) Pero sí me atrevo a decir que, con mayor frecuencia de la sospechada, nuestra alegría nos colocaba más allá de la sátira y de la risa asentada en los ritos de inversión que tanto nos atraían. No sé si

llegábamos a ser conscientes del asunto. Lo cierto es que solíamos superar la burla punitiva del autoritarismo de algunos profesores, así como el acto carnavalesco de castigar nosotros a la autoridad por sus abusos, y accedíamos entonces a la risa cognitiva, sabia y redentora del humor más alto, una risa que nos permitía comprender el funcionamiento del mundo, de la mente, de las emociones de la psique, que nos reconciliaba con nosotros y los otros. Bastarán dos ejemplos para hacerme entender.

El primero se refiere a una demostración de destreza de quien fue el mejor alumno de nuestra promoción en el turno mañana, Juan José Catapano, un cerebro poderoso y esclarecido. Hubo un desafío que no puedo recordar de quién llegó: “Tanto que sabés de latín, Catapano, a ver si sos capaz de traducir dos versos del *Martín Fierro* a esa lengua”. Todos pensábamos que, si acaso Juan José lograba sortear el desafío, la gracia infinita del gauchesco se habría disipado en algo insulso parecido a esas frases atroces del Valenti Fiol: “*Do tibi hunc gladium ut hostes repellas*”. Lo cierto es que Catapano eligió el dístico célebre: “Al que nace barrigón / es al ñudo que lo fajen” y tradujo: “*Qui crasus nascit, nulla orthopedia est.*” El profesor Pagés quedó estupefacto, reímos a cuatro carrillos, ovacionamos al autor de la hazaña y dimos por demostrado que el latín era un modelo de plasticidad, precisión y belleza del lenguaje.

El segundo ejemplo concierne a un admirable profesor de geología, muy querido, Mario Grondona, que tuvimos en quinto año. El programa abrazaba los temas deslumbrantes de la estructura del universo, de la teoría de la evolución y las eras de la vida en la tierra. Recuerdo que un *ritornello* en esas clases consistía en lograr que el profesor repitiese una o dos frases: “Hay cientos de miles de millones de galaxias”, o bien: “Si ubicásemos la historia de la Tierra en los 365 días de un año, los hombres apareceríamos en los últimos minutos del 31 de diciembre”. Debíamos turnarnos para aguzar el ingenio y hacer pertinentes las preguntas que indujeran necesariamente tales respuestas. Al cabo de diez o quince veces, la risa se generalizó. El bueno del profesor se sorprendía hasta que, una mañana, dijo: “¡Cómo me gusta que hayan captado la inmensidad del espacio, del tiempo, de la materia y de la vida y que eso sea un motivo de tanta felicidad para ustedes!” Creo que, entre la miríada de conocimientos, de prácticas intelectuales, de hábitos culturales

que el Colegio nos dio, la posibilidad de asentar y concluir nuestro saber en la risa y la alegría es el tesoro más grande que de su atmósfera de estudio y juvenilia hemos recibido. Aquí aprendimos que los esfuerzos, las dificultades, las viglias de cualquier aprendizaje o intelección de las cosas culminan en el cumplimiento, transmutado, secularizado claro está, de la promesa que Yahvé hizo a Job, después de haberlo abandonado a la perfidia de Satán, el Adversario, y dejado que padeciera las peores calamidades del siglo: “Llenaré tu boca de risa y tus labios de júbilo” (8, 21). Ya es tiempo de que me ocupe de la tristeza.

**La tristeza.** Aunque haya sido intensa y devastadora, procuraré ser breve y no agobiarlos. Esta parte de mi texto es más personal, no apela a teorías, no procura ser objetiva como la anterior. Soy consciente de que quizá provoque algún disgusto, pero aquí estoy como en casa y, por otra parte, pasé ya el umbral de la vejez. ¿Si callase, cuándo y dónde podría yo, según pretendía Quevedo, decir lo que pienso y no pensar lo que digo? Tal vez me equivoque: no recuerdo que, en el turno de la mañana, hayamos tenido que atravesar el dolor intenso de la muerte de un compañero mientras cursábamos los años del Colegio. Ojalá que nadie me corrija pues nunca me perdonaría un olvido semejante. La desgracia se atravesó en nuestro camino con un accidente de automóvil que se llevó a Pedrero. Poco después, aunque herida en una medida muy inferior a la de las promociones de años posteriores, las del 69 al 74 por ejemplo, la nuestra fue alcanzada también por lo que Tulio Halperin ha llamado el vendaval de la historia. Tres de nosotros se contaron entre los desaparecidos del tiempo sombrío de los tiranos. En los últimos días, nos enteramos de cuáles habían sido las circunstancias espantosas en que ellos murieron, sin auxilio ni consuelo, en medio de tormentos que rechaza el más exiguo resto de humanidad atribuible a cualquier alma. Habíamos imaginado una y otra vez situaciones como esas, pero el detalle del relato individualizado y la asociación con seres de carne y hueso a quienes amamos y con quienes compartimos buena parte de nuestras historias dotaron a la memoria y a la fantasía de un efecto de realidad casi intolerable, hicieron volver a la vida o implantaron en ella una emoción que amenaza nuestra integridad psíquica. Aquel espíritu colectivo de un saber exultante, de una comunidad de hombres alegres y críticos que, durante generaciones, levantó el Colegio, parecería haberse hecho añicos. Por eso, la reconstrucción pensable del aire que respiramos en

nuestra juventud, la explicación factible de la doble faz que asumió en la promoción del '63 la mayor tragedia argentina, nos imponen un examen para el que es difícil encontrar guías, modelos, fórmulas. Traigo dos libros a colación: uno, argentino y reciente, *Un testamento de los años '70*, escrito por Héctor Leis; el otro, de 1986, *Los sumergidos y los salvados*, obra de Primo Levi cuyo capítulo acerca de “La zona gris” nos provee de una brújula para que seamos capaces de conocer lo acontecido (cito a Levi), “pues ese horror podría regresar y las conciencias quedar seducidas nuevamente, oscurecidas, incluso las nuestras”, por la estupidez de la violencia ciega y la crueldad inútil de la dictadura.

¿Acaso la alegría que prevaleció en los párrafos iniciales de este discurso no fue más que una reparación transitoria, tal cual quería Petrarca al decir: “Mas si alguna vez yo río o canto, / lo hago para esconder mi amargo llanto”? No, esta noche más que nunca, reunidos aquí para rendir homenaje al *homo absconditus* que flota por ahí, igual que hace cincuenta años, en las aulas, en la biblioteca, en los laboratorios, en el gimnasio, recordemos un proverbio latino que nos enseñó Gerardo Pagés: “*In tristitia, hilaris; in hilaritate, tristis.*” El adagio compendia el doblez de nuestro sentir del mundo y nos pacifica. Paradójicamente, pasamos de la aceptación al menosprecio y volvemos al acogimiento, así de los dolores de la existencia cuanto de la felicidad risueña. El Colegio nos enseñó esas destrezas con suavidad y firmeza. Manifestémosle entonces nuestro agradecimiento más profundo y sincero.

Muchas gracias.